

Materia: SOCIOLOGÍA

Profesor: Mgter. Benjamín Juárez

CITAS DE REFERENCIA PARA ALGUNOS CONCEPTOS CLAVE

Asociaciones; SEGÚN ARISTÓTELES

La Política [PRIMER PÁRRAFO DEL LIBRO]

Todo estado consiste en una asociación, y **toda asociación se forma siempre con miras a algún bien**, puesto que los hombres obran siempre en vistas de aquello que les parece bueno. Y de acuerdo con este principio, es evidente que todas las asociaciones tienden hacia un bien de alguna especie. Por lo mismo, el más elevado de todos los bienes debe ser el objeto de la más importante de las asociaciones, y que comprende en sí misma todas las demás. Y esta asociación es precisamente el “Estado”, o bien, la comunidad política.

Sobre la propagación de creencias y deseos; SEGÚN GILLES DELEUZE & FÉLIX GUATTARI

Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia. [1980] (2002)

Capítulo: Micropolítica y segmentaridad

HOMENAJE A GABRIEL TARDE (1843 – 1904) Durkheim consideraba como un objeto privilegiado las grandes representaciones colectivas, generalmente binarias, resonantes, sobrecodificadas... Tarde objeta que las representaciones colectivas suponen lo que hay que explicar, a saber, “la similitud de millones de hombres”. De ahí que Tarde se interesase más por el mundo del detalle, o de lo infinitesimal: las pequeñas *imitaciones, oposiciones e invenciones*, que constituyen toda una materia subrepresentativa. Y sus mejores páginas son aquellas en las que analiza una minúscula innovación burocrática, o lingüística, etc. Los durkheimianos respondieron que eso era psicología o interpsicología, no sociología. Pero eso es sólo cierto en apariencia, en una primera aproximación: una microimitación parece ir de un individuo a otro. Ahora bien, al mismo tiempo, y a un nivel más profundo, está relacionada con un flujo o una onda, y no con el individuo. *La imitación es la propagación de un flujo; la oposición es la binarización, el establecimiento de una binaridad de los flujos; la invención es una conjugación o una conexión de diversos flujos.* Y ¿qué es un flujo según Tarde? Es creencia o deseo (los dos aspectos de todo agenciamiento), un flujo siempre es de creencia y de deseo. **Las creencias y los deseos son la base de toda sociedad**, porque son flujos, y como tales “cuantificables”, verdaderas Cantidades sociales, mientras que las sensaciones son cualitativas, y las representaciones, simples resultantes.

Socialización y Sociedad. El problema de la Sociología; SEGÚN GEORG SIMMEL

Sociología: Estudios Sobre las Formas de Socialización [1908] (1939-2015) SELECCIÓN

Parto de la más amplia concepción imaginable de la sociedad, procurando evitar en lo posible la contienda de las definiciones. La sociedad existe allí donde varios individuos entran en acción recíproca. (13)

Para conocer al hombre no le vemos en su individualidad pura, sino sostenido, elevado o, a veces también, rebajado por el tipo general, en el que le ponemos. Aun cuando esta transformación sea tan imperceptible que ya no podamos reconocerla inmediatamente; aún en el caso de que nos fallen los habituales conceptos característicos, como moral e inmoral, libre o siervo, señor o esclavo, etc., designamos interiormente al hombre, según cierto tipo, inexpresable en palabras, con el que no coincide su ser individual. Todos somos fragmentos, no sólo del hombre en general, sino de nosotros mismos. Somos iniciaciones, no sólo del tipo humano absoluto, no sólo del tipo de lo bueno y de lo malo, etc., sino también de la individualidad única de nuestro propio yo, que, como dibujado por líneas ideales, rodea nuestra realidad perceptible. Pero la mirada del otro completa este carácter fragmentario y nos convierte en lo que no somos nunca pura y enteramente. (39-40)

En general, la sociología se ha limitado a estudiar aquellos fenómenos sociales en donde las energías recíprocas de los individuos han cristalizado ya en unidades, ideales al menos. [Pero] aparte de los organismos visibles que se imponen por su extensión y su importancia externa, **existe un número inmenso de formas de relación y de acción entre los hombres, que, en los casos particulares, parecen de mínima monta, pero que se ofrecen en cantidad incalculable y son las que producen la sociedad**, tal como la conocemos, intercalándose entre las formaciones más amplias, oficiales, por decirlo así. (25)

Lo que dificulta la fijación científica de semejantes formas sociales, de escasa apariencia, es al propio tiempo lo que las hace infinitamente más importantes para la comprensión más profunda de la sociedad: es el hecho de que, generalmente, no estén asentadas todavía en organizaciones firmes, supraindividuales, sino que en ellas la sociedad se manifieste, por decirlo así, en *status nascens*, claro es que no en su origen primero, históricamente inasequible, sino en aquel que trae consigo cada día y cada hora. Constantemente se anuda, se desata y torna a anudarse la socialización entre los hombres, en un ir y venir continuo, que encadena a los individuos, aunque no llegue a formar organizaciones propiamente dichas. Se trata aquí de los **procesos microscópico-moleculares** que se ofrecen en el material humano; pero que **constituyen el verdadero acontecer, que después se organiza o hipostasía en aquellas unidades y sistemas firmes, macroscópicos**. Los hombres se miran unos a otros, tienen celos mutuos, se escriben cartas, comen juntos, se son simpáticos o antipáticos, aparte de todo interés apreciable, el agradecimiento producido por la prestación altruista posee el poder de un lazo irrompible; un hombre le pregunta a otro el camino, los hombres se visten y arreglan unos para otros, y todas estas y mil relaciones momentáneas o duraderas, conscientes o inconscientes, efímeras o fecundas, que se dan entre persona y persona, y de las cuales se entresacan arbitrariamente estos ejemplos, nos ligan incesantemente unos con otros. [...] Se trata de aplicar a la coexistencia social el principio de las acciones infinitas e infinitamente pequeñas, que ha resultado tan eficaz en las ciencias de la sucesión: la Geología, la Teoría biológica de la evolución, la Historia. (26)

Los pasos infinitamente pequeños crean la conexión de la unidad histórica; las acciones recíprocas de persona a persona, igualmente poco apreciables, establecen la conexión de la unidad social. Cuanto sucede en el campo de los continuos contactos físicos y espirituales, las excitaciones mutuas al placer o al dolor, las conversaciones y los silencios, los intereses comunes y antagónicos, es lo que determina que la sociedad sea irrompible; de ello dependen las fluctuaciones de la vida, en virtud de las cuales sus elementos ganan, pierden, se transforman incesantemente. Acaso partiendo de este punto de vista, se logre para la ciencia social lo que se logró con el microscopio para la ciencia de la vida orgánica. [...] la vida fundamental, propiamente dicha, la constituyen aquellos procesos incontables que tienen lugar entre los elementos más pequeños, y que se combinan luego para formar los macroscópicos [...] trátase de descubrir los hilos delicados de las relaciones mínimas entre los hombres, en cuya repetición continua se fundan aquellos grandes organismos que se han hecho objetivos y que ofrecen una historia propiamente dicha. (27)

Todos (al menos todos los de más de cierta edad) saben –no es más que sentido común– que, en cada época histórica, la “juventud” causa todos, o al menos la mayoría, de los problemas del mundo. No tienen ningún respeto por la tradición o la autoridad, hacen cosas que los lastiman físicamente y, especialmente, mentalmente: alcohol y drogas, pero también (dependiendo de la época) pasan demasiado tiempo en el cine, mirando televisión, o jugando juegos de computadora. Toman demasiados riesgos. No son prudentes. Siempre son unos tremendos hinchapelotas y es por causa de ellos que todo nuestro país y el mundo entero se van a ir al diablo.

Algunos de estos mismos jóvenes, de la misma generación y a veces las mismas personas, veinte o treinta años después de que han sido una juventud problemática, dirigen el país, ocupan puestos importantes en la política y en la sociedad, disfrutan de un gran pasar y de influencia. Danny the Red. Sir Paul McCartney. Harold Pinter. Y así sucesivamente. Elegí los ejemplos que quieras.

Esta paradoja se da repetidas veces a lo largo de la historia. Todo el mundo lo sabe pero no evita que la gente mayor siga encontrando los mismos problemas en la juventud de su tiempo.

Pero de la misma manera, todos (al menos todos los de menos de una cierta edad) sabe que en cada época “los viejos” son el problema. Tienen demasiado respeto por la autoridad y la tradición. Siempre votan por la gente equivocada. Pasan demasiado tiempo en el cine, toman demasiado, es común que coman demasiado también, y gastan demasiada plata del país en sus propias necesidades, que no demandarían tanto cuidado especial si vivieran vidas más apropiadas. Evitan el riesgo, se preocupan del futuro (especialmente el suyo propio), y nos cargan con el costo de su propio bienestar continuo.

Muchas de estas personas eran apasionadas en su juventud. Mostraban gran promesa y podrían haber llegado a algo si no se hubieran vendido, dado el brazo a torcer, o bajado los brazos, o acomodados al status quo, a las personas poderosas que manejan las cosas.

Esta paradoja, también, se da en cada época. Recibe menos atención que la otra paradoja, porque la gente que paga los estudios de los “problemas”, sociales y políticos, y por las demostraciones como esta, son ellos mismos “viejos” o al menos gente “mayor”, y no se piensan a sí mismos como hinchapelotas. Esto pasa repetidamente a lo largo de la historia, aunque escuchamos menos sobre esto porque en general es la gente mayor la que escribe la historia.

Necesitamos un poco de simetría en esto.

¿Qué es la simetría? Gente que estudia la ciencia hace tiempo decidió que tendrían que hacerle a la ciencia moderna profesional las mismas preguntas que se le hacían a la ciencia “primitiva” (o ciencia “amateur” o ciencia “falsa”). Si cuestionamos las premisas fundamentales de la ciencia de la navegación de los isleños de Trobriand que describió Malinowski, o apuntamos a las fallas de método y lógica que caracterizan los estudios empíricos de uso de droga por parte de usuarios de LSD o marihuana, o nos burlamos de la gente que encuentra buenos lugares para cavar pozos apuntando con un palo hacia el suelo o toman decisiones de negocios basados en la posición de las estrellas –entonces tenemos que ver que la ciencia moderna no siempre evita estas mismas fallas.

Los estudios sociales de la ciencia hicieron grandes progresos al adoptar la regla propuesta por Bruno Latour, que dice que él “cree en la ciencia” prácticamente tanto como los propios científicos lo hacen. Una revisión minuciosa de la práctica científica contemporánea muestra que siempre creen en lo que creen provisionalmente, y que considerarían de nuevo (si la situación amerita) otra mirada a aquello en lo que creen. Con frecuencia cambian su punto de vista. De hecho, probablemente sea una mala idea para los científicos (o para cualquiera) “creer” en ideas. Sería mejor solamente aceptar las ideas que la evidencia sostiene, en tanto lo haga y por no más tiempo que eso.

La juventud tiene sus propias ideas. Los mayores tienen las suyas. **En casi todas las sociedades, la gente mayor** controla la distribución de recursos escasos, controla el poder de policía del estado y, lo que es más importante, **controla la decisión de cuáles ideas son buenas, correctas, cuerdas, sensibles**, y así sucesivamente.

A la juventud se la culpa habitualmente por los problemas de la sociedad. (Lo dije antes, y lo digo de nuevo. No lo puedo decir lo suficientemente seguido.) Los estudiantes no se esfuerzan lo suficiente. Es por eso que no aprenden lo que deberían. ¿Cierto? Tal vez no. A lo mejor los profesores y las escuelas no enseñan apropiadamente. A lo mejor es por eso que los estudiantes no aprenden lo que uno quiere enseñarles.

Prueben esto en algún área que conozcan. Yo lo hice, con el siguiente resultado. Los músicos de jazz más viejos se quejan de que los músicos jóvenes “no saben canciones”, esto es, las canciones que los más viejos crecieron tocando y que consideran un repertorio mínimo para que un músico competente sepa tocar. Es verdad, los músicos jóvenes no suelen saber todas estas canciones, y eso genera problemas cuando una banda reunida sin previo acuerdo tiene que tocar junta sin un ensayo.

Los músicos más viejos, sin embargo, no saben las composiciones más complejas con la que crecen los más jóvenes. Pero, como los músicos más viejos tienen más control sobre el trabajo y las oportunidades para tocar, esto genera menos problemas a la hora de organizar actuaciones colectivas. Los músicos más viejos no necesitan saber las composiciones más nuevas. Ellos pueden simplemente decir “No, nosotros no tocamos eso”.

Simetría: **Ambos grupos “no saben canciones”, así que no se puede tomar esa observación como un “hecho”** que explica qué es lo que está mal con los músicos más jóvenes y por qué el negocio de la música se está yendo al diablo.

La simetría da sus frutos al dar un entendimiento de la situación, lo cual es bueno ya sea que se sea un sociólogo tratando de entender una organización social, un musicólogo tratando de entender el desarrollo de un género musical, o un músico de jazz tratando de salir adelante en el mundo del jazz contemporáneo.

La “juventud” es un término relacional. No describe una característica estable de una persona o un grupo. Dice qué lugar ocupa una persona o grupo en relación con otra persona o con algún otro grupo. Los “jóvenes” son más grandes que los “adolescentes” pero más jóvenes que los “adultos”. Eso es un significado posible. Pero **esta descripción relacional inofensiva conlleva otros matices, menos inocentes**, menos simétricas, y menos neutrales a las que debemos estar atentos.

¿Es bueno ser neutrales? ¿No deberíamos estar engagé? ¿“Tomar partido” con orgullo? Eso suena como una cosa valiente y algo bueno por hacer. Pero no creo que sea tan buena idea. Habrá momento para tomar partido después de que realmente entendamos qué es lo que está pasando en una situación. Si tomamos partido tempranamente, desarrollos posteriores seguramente nos harán dar algunos tumbos.

En realidad no hace falta que ninguno de nosotros –científicos, académicos, intelectuales o ciudadanos corrientes– tomemos partido, que decidamos quién está acertado en estos conflictos. Cuando lo hacemos, no afectamos el resultado en lo más mínimo. Los intelectuales y académicos suelen sobreestimar su influencia en las cosas.

La prudencia nos recuerda que todos ocupamos en algún momento todas las posiciones en el sistema de las edades. Ya ocupamos algunas posiciones. Y el resto ya vendrá.

¿Cómo te va a sonar lo que dijiste y pensaste cuando seas mayor? Pensá en lo que dijiste cuando eras más joven. No creo en fantasmas, pero las palabras vuelven para acecharnos.

Pensar sobre la juventud me hace pensar sobre mi propia edad y generación. Voy a tener ochenta para cuando lean esto. Me equivoqué más veces de lo que me podría haber imaginado. Mi generación, estoy tentado a decir, se equivocó incluso más de lo que yo mismo lo hice. Y, ¿sabén qué? No es para tanto. **La gente que no es de tu edad no está invariablemente en lo cierto, pero tampoco invariablemente equivocada.**

Muchos de nosotros nos sentimos jóvenes aún cuando no lo somos. Y por supuesto, lo mismo pasa en sentido contrario.

¿Por qué dije “Veintitrés ideas”? Fue una decisión arbitraria y ahora no puedo pensar en la última. Qué lástima.

La GENTE y el PA'MÍ; SEGÚN RODOLFO KUSCH

CAPÍTULO: "El mito de la gente". Del libro DE LA MALA VIDA PORTEÑA [1966]

Obras completas (2007). Tomo I, pp. 359-366

Pero aunque uno esté solo y esperando, siempre hay alguien más en la gran ciudad. Cuando caminamos por la calle y nos chocan decimos: ¿Cómo anda la *gente* o "La *gente* no sabe caminar". Cuando un familiar hace algo indebido, decimos: "¿Qué dirá la *gente*?". Queremos participar de una fe colectiva y expresamos: "La *gente* cree". Cuando nos vemos apremiados a usar alguna prenda que nos desagrade, sancionamos: "La *gente* usa". Evidentemente la *gente* hace cosas, las usa, aconseja y se mete además en lo que no le importa.

Pero conviene ajustar su sentido. El término *gente* es usado más bien por las mujeres. Ellas siempre personalizan. Nosotros los hombres, en cambio, parecería que no creemos en la *gente*, porque siempre decimos "¿qué m'importa la *gente*", especialmente cuando discutimos con la novia, quizá porque nos gusta contrariar a la mujer y hacerle creer que somos más libres y menos prejuiciosos que ella.

Sin embargo usamos un equivalente de *gente* y es *se*. Decimos *se hace*, *se dice*, *se cree*. Se diría que la mujer cree en un tipo de gente que nosotros despersonalizamos, y lo sustituimos por un simple *se*, que hace las mismas cosas, al fin y al cabo, que la *gente*.

Pero en ambos casos hablamos como si la ciudad estuviera habitada por dos entidades, por una parte mi *yo* y por la otra, la *gente*. Mejor dicho, *yo* y, los *otros*. ¿Y quiénes son los *otros*? Pues los que hacen la ciudad, porque son los que crean las fábricas, los empleos, las ocupaciones, nos dan de comer, nos imponen funciones, nos coaccionan y nos vigilan y es inútil que digamos *qué m'importa la gente*.

Pero vamos al café y ahí ni siquiera decimos *gente*. Ahí decimos *se* vamos. ¿Y qué significa eso? Ponemos el verbo en primera persona, *vamos*, pero empujados por un sujeto neutro y abstracto, el *se*, que es lo mismo que la *gente* y que encarna a los *otros*. Por eso, cuando decimos *se vamos*, ¿no estamos diciendo en el fondo que *vamos*, pero porque nos obligan los otros, ese *se* que agregamos a la expresión? Y decimos también *qué m'importa*. ¿Por qué? Pues porque es el *se*, la *gente* o los *otros* los que nos obligan a importar algo. Nosotros en cambio nos sustraemos a esa obligación porque despreciamos a ese *se*.

¿Y qué contiene ese *se*? Pues una *manga*, una *camándula*, una *mersa*. Decimos *manga* con esa referencia a un conjunto de seres vivientes que saltan como langostas alrededor nuestro, o *camándula* como gente astuta que nos quiere envolver con una fe de la cual disintimos abiertamente, o *mersa* como simple cúmulo de personas a quienes suprimimos con el desprecio no dándoles *corte*; o cría, como si la gente consistiera en polluelos mal engendrados que carecen de esa tremenda madurez que nos atribuimos a nosotros mismos cuando nos tratamos de *viejito que se las sabe todas*. A todos ellos no les damos *corte* en esa tela de vida, de la cual cada uno de nosotros somos dueños, y que nos damos el lujo de negar a terceros para sumirlos mágicamente.

¿Qué pasa en todo esto? Pues que nos estamos escamoteando constantemente al *se* o *gente*, que nos obliga a hacer cosas que no nos gusta, y buscamos en el café una libertad que no teníamos. Durante el día acatamos las obligaciones de los *otros*, la *gente*, y a la noche nos rebelamos contra ellos y los pulverizamos, convirtiéndolos en *mersa*, *cría*, *camándula* o *manga*. Invertimos así el ritmo de nuestra vida y cortamos con un *qué m'importa* la vinculación con los *otros* para imponer nuestra propia legitimidad. ¿Y para qué? Pues para defender las cosas *sagradas pa'mí*, esas que recontamos a la noche, las gustamos o las vivimos pero siempre *pa'mí* y no *pa'los otros*. En cierto modo asumimos nuestro reino, porque la ciudad la hacen los *otros* durante el día, y a la noche la hago *pa'mí*. Por eso atrapo mi mesa en el café, mis amistades, o mis ocupaciones preferidas y ahí hago, como decimos *lo que me da la gana*.

Ahí, en cierto modo fundo mi propia ciudad, la ciudad *pa'mí*, esa que se concreta en mi casa, desde la puerta cancel hasta la pared medianera, por donde me mira el vecino, con ese ojo que es en el fondo un ojo avisor, como si fuera una avanzada de la *gente* que atisba todos mis pasos. Pero ahí *paramos* el carro como si la gente viniese en un vehículo fatídico a perturbar y destruir las cosas *sagradas pa'mí*. ¿Y cómo no vamos a ver entonces a la *gente* como langostas, o embaucadores o pollos inexpertos? Es el mundo que nos creamos para vivir, y cualquiera que *arremeta* será mal recibido. Si desde ahí decimos *yo* y no *pa'mí* será como si nos pusiéramos una máscara muy fea a fin de ahuyentar los demonios seguramente.

Pero a todo esto cabe preguntar: ¿Existe la *gente*? Sería absurdo pensar que no existen los ocho millones de habitantes que pueblan esta zona. Sin embargo, cada uno de nosotros piensa que los ocho millones restantes constituyen la *gente*, una simple palabra contra la cual adopta una serie de actitudes, ya sea en contra, o ya sea a favor.

En ese sentido la *gente* no es más que un fantasma que flota en torno nuestro y que nos asedia, o nos ayuda, o de la cual prescindimos cuando *nada nos importa*. Se diría que hemos empleado una cierta estrategia militar y hemos encerrado a los ocho millones en un bolsón, único efecto de ver cómo son, y poder tomar, frente a ellos, una actitud definida. En suma, hemos reducido el enemigo a un simple vocablo para torturarlo mejor. Casi como los diablos del viejo Miseria que fueron encerrados por éste en una tabaquera y cada tanto recibían su buena tunda de martillazos.

Y lo hacemos así sólo para delimitar cuidadosamente lo que es *sagrado pa'mí* de lo que es profano, y que es *pa'los otros, pa'la gente*. Dividimos al mundo en dos partes y, de un lado del foso, es *pa'mí* y, del otro lado, es *pa'los otros*. De un lado es la pura vida, y, del otro, la pura piedra o ese mecanismo barato que le atribuimos a la *gente* que siempre hace, compra, opina, usa, obliga, sin que uno sepa nunca *pa'qué*. Y ahí andamos saltando el foso y haciendo nuestras correrías entre los *otros* para atrapar las cosas sagradas *pa'mí* y nos traemos a casa el sueldo, algún regalo o una novia.

Pero es curioso que si allá los *otros* o la *gente* usa algo, nosotros no lo usamos: si allá se cree, nosotros no creemos, y si allá se afirma algo, nosotros lo negamos. ¿No es esto crear un juego que consiste en invertir las cosas, a fin de que podamos asumir la libertad de pensar que lo nuestro es siempre *sagrado pa'mí* y afuera todo es profano?

¿Y por qué lo hacemos? Pues simplemente porque ¿qué sería de la divinidad, sino hubiera diablo, qué sería del pintor si no hubiera materia y qué sería del bien si no hubiera mal? Sólo dividiendo así conseguimos cumplir con nuestra épica menor; la de estar en el fondo de la calle, siempre jugando entre las cosas *pa'mí* y las cosas *pa'los otros*, para sentir que nuestra vida corre de un lado al otro y tener siempre un sentido que la acompaña. Si yo no creo en lo que la *gente* cree, al fin y al cabo, me justifico mi vida. Y si yo creo en algo que no cree la *gente*, ocurre lo mismo.

Y es tan importante tener un sentido en todo lo que hacemos, pero tenerlo en las menores cosas de la vida, durante todo el día, no sólo en la forma de saludar a alguien, sino también en el trabajo, o en la simple manera como compramos un utensilio o como tomamos un vehículo. Si todo eso no tuviera sentido, no dudaríamos un minuto.

Por eso partimos el mundo entre lo que es *pa'mí* y lo que es *pa'los otros*, con la misma fuerza como si fuéramos uno de esos dioses de la antigüedad que se desdoblaban en dos héroes opuestos y éstos ordenaban el mundo. Así lo ordenamos, ya que nadie nos ha ordenado nada a nosotros. Con esta *gente* que nos hemos inventado vamos poblando el mundo con nuestro orden, diciendo simplemente sí o no a lo que la *gente* piensa.

Claro que esto cansa. Tener siempre un fantasma alrededor que nos indica lo que debemos hacer, y ante quien siempre tomamos posiciones, nos lleva a sentirnos muy solos. Cuántas veces recurrimos entonces a un amigo sólo por charlar y suspender en parte esta tensión de estar dividido uno mismo entre un *pa'mí* y la *gente*.

Pero debe ser un mal del siglo XX. Porque si en la antigüedad la divinidad se desdoblaba en dos héroes y éstos creaban el mundo, el creyente podía volver a superar esa división original del mundo, volviendo a contemplar la unidad en el mismo dios que lo había creado.

¿Y qué unidad puede brindarnos nuestra gran ciudad, para superar esta división entre *uno* y los *otros*? He aquí el problema. ¿Cómo hacer para aceptar a la *gente* sin perderse uno mismo? Nuestro país se ha hecho entre extremos opuestos, y siempre hay alguna *gente* que pide algo que no podemos hacer. Siempre terminamos reforzando nuestro lugarcito sagrado, levantando bien la medianera para que el vecino no atisbe las pocas cosas que tenemos.

Porque la cuestión tampoco está en simular ser dioses. Es tan fácil simular. Se puede ser profesional, docente, capataz, o tener un negocio y con los centavitos sonsacados al cliente amasar un pequeño capital. También se puede ser coleccionista, estudioso, jugador de fútbol, grosero, educado, culto y todo esto como una forma de salir de uno mismo y hacer las cosas *como la gente*, o, mejor, para la *gente*. ¿Y eso es todo? Algo

falta en todo esto, porque es como si jugáramos a ser dioses, con un simple puente que nos saca de adentro para llevarnos hacia los *otros*. Esto es práctico, ¿pero logramos así la felicidad?

Ante todo, ¿Por qué seguimos igual buscando cosas *sagradas pa'mí*, rateándolas entre la *gente*? ¿Acaso esas cosas *sagradas* son sólo para tenerlas? ¿No sera también para amarlas? ¿Qué tremenda falta de afecto nos habrá llevado a dividir el mundo entre lo que es *pa'mí* y lo que es *pa'los otros*? ¿Acaso no decimos *pa'mí*, como si tendiéramos un cordón sanitario para no contaminarnos con los vientos helados que soplan del otro lado? Si decimos *cría, mersa, camándula*, o lo que fuera, será porque denunciemos ese mecanismo gratuito de una ciudad gobernada por *gente* que todo lo hace, pero que nada tiene que ver con esta sed de afecto que encierra nuestro *pa'mí*. Por eso la *gente* sirve para que uno se encierre más en sí mismo, como para guardar su afecto, y prevenirlo, simplemente porque es demasiado fácil lo que la *gente* hace y demasiado frío.

También para Gardel fue fácil. Pero él hizo al revés de como quiere la *gente*, porque cantó de adentro para afuera, con todo el afecto, y no anduvo juntando el canto afuera para cantarlo sin compromiso como una máscara. Y cómo nos gustaría a nosotros hacer lo mismo: trabajar desde adentro, estudiar, escribir, conversar siempre desde adentro, con ese margen de amor que nos sobra en el *pa'mí*, para no ver ni *gente* siquiera, sino todos, a los ocho millones, como *sagrados pa'mí*. Pero no hay caso, siempre viene la *gente* y lo estropea todo. Por eso nos resignamos y decimos *en el fondo no conviene meterse con la gente*. Y ¿eso es verdad? Y si lo fuera, y si realmente queremos andar bien con todos, ¿por qué decimos *me salió el indio*? Veamos.